

### CAPITULO III

#### NUMANCIA.

Desde 140 antes de J. C. hasta 133.

Lo que preparó la guerra de Numancia.—Fuerzas de los numantinos.—Ejército del cónsul Pompeyo.—Primeras operaciones de sitio.—Se ve obligado á pedir la paz.—Inicio rompimiento de esta, y testimonio de la fé romana.—El cónsul Popilio.—Es derrotado.—El cónsul Mancino.—Completa derrota que sufre.—Tratado de paz glorioso para Numancia, y vergonzoso para Roma.—Rómpele el senado.—Castigo bochornoso que sufre Mancino.—Generosa conducta de los de Numancia.—Apuros en que se ve el cónsul Lépidio.—Terror que Numancia inspira á Roma.—Viene contra ella Escipion Africano.—Moraliza el ejército.—Esquiva entrar en batalla con los numantinos.—Sitia á Numancia con 60,000 hombres.—Línea de circunvalacion.—Fortificaciones.—Arrojo de algunos numantinos.—Salen á pedir socorro y no le encuentran.—Angustiosa situacion de Numancia.—Mensaje á Escipion.—Su respuesta.—Hambre y desesperacion de los numantinos.—Ejemplo sin igual de heroismo.—Numancia destruida.

Desembarazados los romanos de la molesta guerra de Viriato, volvieron de nuevo sus miras sobre Numancia. Esta célebre ciudad celtibera, despues de las guerras de Fulvio que dejamos referidas, habia asentado paz con el cónsul Marcelo (152), por la cual respetaba Roma la independencía de Numancia, permitiendo tambien volver á sus casas á los segedanos

á quienes habia dado hospitalidad. Cuando el consul Metelo, durante las guerras con Viriato, sujetó los pueblos de la Celtiberia, Numancia fué tambien respetada como ciudad independiente y neutral, y los numantinos habíanse limitado á dar asilo á los celtiberos del partido de Viriato, como antes le habian dado á los de Segeda. Concluida la guerra lusitana, hizoles Quinto Pompeyo Rufo un cargo de esta conducta, exigiéndoles lo que llamaríamos hoy la extradicion de los refugiados. Contestó Numancia que las leyes de la humanidad no le permitian entregar á los que en ella habian buscado un asilo, y que esperaba guardaría la fé de los tratados. Volvióle Pompeyo aquella jactanciosa y acostumbrada respuesta: «Roma no trata con sus enemigos sino despues de desarmados.» Esta contestacion fué la señal de guerra. El pretesto por parte de los romanos fué este: el verdadero motivo era que los abochornaba la independencía que Numancia se habia sabido conquistar.

Reunieron los numantinos sus fuerzas, que en todo subirian á 8,000 hombres, y nombraron general de este pequeño ejército á un ciudadano llamado Megara. Pompeyo acampó cerca de la ciudad con mas de 30,000 hombres, y se posesionó de las alturas vecinas (140).

Asentábase Numancia, ciudad de los pelendones, á poco mas de una legua de la moderna Soria, y en el término que comprende al presente el pequeño

pueblo de Garray, en un repecho de subida no muy ágría, pero de dificultosa entrada en razon á los montes que la rodean por tres partes; solo por un lado tenia una llanura que se estiende por las márgenes del Tera, que va á mezclar sus aguas con las del Duero. Dentro de sus débiles tapias habia una especie de ciudadela donde en tiempo de guerra solia recogerse la gente armada, y donde solian guardar los ciudadanos sus alhajas y preséas.

Intentaba Pompeyo atraer á los numantinos á batalla campal; hizo mil tentativas para lograrlo; pero dirigidos aquellos por el prudente y esforzado Megara, adoptaron un sistema de defensa el más propio para mortificar al general de la república. De tiempo en tiempo hacian salidas y empeñaban combates parciales, de que siempre sacaban alguna ventaja; y cuando veian al ejército romano desplegar banderas y ponerse en movimiento, replegábanse dentro de las trincheras de la ciudad, á las cuales nunca se acercaban impunemente los romanos.

Fatigado Pompeyo de aquel sistema de guerra, suspendió el sitio y fué á ponerse sobre Térmes<sup>(1)</sup>, distante de Numancia nueve leguas. Tampoco Térmes estuvo de parecer de dejarse subyugar; antes bien haciendo los termesinos una salida impetuosa, obligaron á Pompeyo á retirarse por ásperos y tortuosos

(1) La Termancia de Appiano.

senderos erizados de precipicios, por donde muchos soldados se despeñaron, teniendo el ejército que pasar la noche acampado y sobre las armas. Al dia siguiente volvió sobre la ciudad, pero no recogió del nuevo ataque mas fruto que del anterior<sup>(1)</sup>. Dirigióse á Mania, que se le entregó matando los mismos manlieses la guarnicion numantina: corrióse á la Edetania, donde deshizo algunas partidas de sublevados, y revolvió con todo su ejército sobre Numancia.

Quedaba Numancia sola; ¡sola para resistir á todo el poder romano! Habíala aislado Pompeyo incomunicándola con las pocas ciudades que pudieran ayudarla. Queriendo ahora apretar el sitio y reducir á los numantinos por hambre, discurrió hacer variar el curso del Duero, torciendo su curso para que no entráran por él bastimentos á los sitiados. Pero estos con sus espadas supieron hacer desistir brevemente de su obra á los que se ocupaban en tales trabajos. Llegóse en esto el invierno, y los soldados romanos, no acostumbrados á la cruda temperatura de aquel clima, sucumbian al rigor de las heladas y de las nieves. Noticioso por otra parte Pompeyo de haber sido nombrado el cónsul M. Popilio Lenas ó Lenate para sucederle (139), antes de entregarle el gobierno resolvió hacer paces con los numantinos, acaso temeroso

(1) Muchos afirman haberla tomado en esta segunda acometida, pero no consta así de la relacion de Appiano.

de que su sucesor alcanzára en esta guerra glorias á que él había aspirado en vano. Tropezamos aquí con otro testimonio de lo que era entonces *la fé romana*. Cuando llegó el cónsul Popilio, negó Pompeyo haber hecho aquellas paces, por lo menos con las condiciones que de público aparecían. Verdad era que el insidioso cónsul había tenido la cautela de no firmarlas so pretexto de hallarse entonces enfermo; y por mas que los numantinos apelaban al testimonio de los principales gefes y caballeros del ejército romano, enturbióse de tal manera el negocio que hubo de remitirse su decision al senado, el cual optó por la continuacion de la guerra: que la flaqueza de los senadores igualaba la indignidad y bajeza de los cónsules.

Fué primeramente Popilio contra los lusones, á quienes no pudo vencer. Volvió al año siguiente sobre Numancia (138), y hubiérale valido mas haber admitido la paz que halló establecida Pompeyo. En cumplimiento de las órdenes con que le estrechaban de Roma, intentó un asalto en la ciudad. Ya estaban puestas las escalas sobre el débil muro: ni una voz, ni un ruido se sentía en la poblacion: profundo silencio reinaba en ella: parecia una ciudad deshabitada. Hízosele sospechoso á Popilio tanto silencio, y se retiró temiendo alguna estratagema. Temia con razon, porque saliendo repentinamente los numantinos á ayudarle en la retirada, arrollaron á los legionarios, y los

pusieron en desórden y en verdadera derrota <sup>(1)</sup>.

Sucesos dramáticos va á ofrecer la historia de Numancia en los años siguientes. Decio Bruto había sido enviado á la España Ulterior, donde los lusitanos habían comenzado á alterarse de nuevo. Vino á la Citerior el cónsul Cayo Hostilio Mancino (137), hombre de imaginacion tétrica, que turbada con funestos y fatídicos sueños, de todo auguraba desgracias y calamidades. Al tiempo de embarcarse para España creyó haber oido en el aire una voz que le decia: *Detente, Mancino, detente*. Las noticias que acerca de la fuerza de los numantinos traían de Roma sus soldados no eran menos siniestras. Y con esto y con experimentar mas de una vez la realidad de su bravura, no se atrevían ya á mirar á un numantino cara á cara. Encerrados permanecían en su campamento. hasta que á la voz de que los vaccéos y cántabros venían en ayuda de los de Numancia dióse prisa el cónsul á levantar los reales, y á favor de las sombras de la noche se apartó de una ciudad donde creía no esperarle sino desventuras. Una casualidad descubrió su fuga.

Dos jóvenes numantinos amaban ardientemente á una misma doncella. No queriendo el padre desairar á ninguno de los dos mancebos, propúsoles que se internasen los dos en el campo romano, y aquel que

(1) Frontin. Estratag. III.

primero tuviera valor para cortar la mano derecha á un enemigo y traérsela, obtendría la de su hija y se la daría en matrimonio. Salieron los dos enamorados jóvenes, y como hallasen con sorpresa suya el campamento romano desierto y solo, regresaron apesadumbrados como amantes, y gozosos como guerreros, á dar noticia de aquella impensada novedad. Tomaron entonces las armas con nuevo aliento los numantinos, y salieron en número de cuatro mil en busca de aquellos cobardes fugitivos.

Avanzaron hasta encontrarlos, y empujándolos de posición en posición redujéronlos á una estrechura, donde no les quedaba otra alternativa que entregarse ó morir. Mancino pidió la paz. No faltaba generosidad á los de Numancia para otorgarla, á pesar de no haber recibido de Roma sino deslealtades y agravios. Así ahora imitando el ejemplo de Intercacia cuando no quiso fiarse del cónsul Lúculo ni entenderse para las capitulaciones sino con su lugarteniente Escipion <sup>(1)</sup>, tampoco quisieron los numantinos ajustar tratos sin la intervención del cuestor Tiberio Graco, acordándose de la exactitud con que su padre había hecho ratificar otra paz en el senado. Vino en ello el cuestor, y concertóse que Numancia sería para siempre ciudad independiente y libre, y que el ejército romano entregaría á los numantinos todo el ba-

(1) Cap. I. de este libro.

gage, máquinas de guerra, alhajas de oro y plata y demas objetos preciosos que poseía: único medio de salvar las vidas á mas de veinte mil hombres que el hambre tenía reducidos al postrer apuro.

Pareció muy bien esta paz al consternado y desfallecido ejército; no así al senado, que comprendió todo el baldon que tan afrentoso tratado echaba sobre la república: y como los padres conscritos estaban lejos del peligro y no los alcanzaba la miseria, importábales poco que pereciesen veinte mil guerreros romanos con tal de que no se dijese que el pueblo mas poderoso del mundo se humillaba á recibir la ley de un puñado de montañeses españoles. Rompióse, pues, solemnemente el pacto como injurioso é indigno, sin que valieran al cuestor Graco sus esfuerzos porque se cumpliese lo tratado y por demostrar la necesidad crítica en que se había hecho. Ciertamente que la odiosidad del pueblo romano cayó toda sobre el desgraciado Mancino, á quien se condenó á ser entregado á los de Numancia desnudo y atado de pies y manos. Inútiles fueron también los buenos oficios de Graco para salvar al cónsul de tan vergonzoso castigo. El desventurado Mancino sufrió la afrenta de ser colocado en aquella actitud á las puertas de Numancia, donde permaneció todo un día desahuciado de sus conciudadanos y no admitido por los enemigos. Porque los generosos numantinos, no creyendo aquella suficiente satisfacción del rompimiento del tratado, ni queriendo